



OLVIDÓ AMANECER

Purificación Eisman

OLVIDÓ AMANECER



Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Purificación Eisman

ISBN: 978-84-18663-14-7

ISBN digital: 978-84-18663-15-4

Depósito legal: M-4241-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Por ellas.

Primera parte

Una cita

La gente con la que se cruza anda un poco más rápido, el viento la lleva. La mujer de la acera de enfrente se sujeta como puede el revuelto pañuelo alrededor del cuello, porque en uno de esos vaivenes, la ligereza de la gasa puede salir planeando por el aire. Sin embargo, la tarde no deja de ser apacible porque el sol que se asoma caliente con tibieza.

Hoy podría ser uno de esos días que quedan señalados en el calendario para siempre. Podría ser un día muy diferente a los demás, porque hasta la mañana que amaneció promete. Son casi las cinco de la tarde, Daniela, fundida en sus pensamientos, sigue andando según su propósito.

Debería sentirse alterada por su decisión, pero permanece tranquila. Se dirige por primera vez hacia ese hotel tan moderno y elegante recién inaugurado. En alguna ocasión fantaseó con la idea de cómo sería tener una cita romántica, alojándose en una de sus habitaciones... También se imaginó pasando por el umbral de la entrada hasta el último salón, había oído que su ubicación privilegiada lo situaba en una de las mejores vistas que se podían divisar en toda la ciudad, debían de ser espectaculares.

Y ese día ha llegado. Hoy podrá satisfacer su curiosidad para disfrutar de su alojamiento, porque precisamente hoy tiene una cita en ese hotel.

Se ha preparado para la ocasión. Ha peinado su melena, larga y lacia, porque necesita dedicarle la mayor parte de su tiempo. Sabe que su atractivo radica en la herencia andina, que sumada a su ju-

ventud y al brillo natural del moreno de su piel, le otorga rasgos personales, raciales. Ha cepillado con orgullo y cuidado su cabello, y ha terminado atusándolo, porque esta vez no se lo recogerá, es más sugerente.

Ahora se siente segura para causar buena impresión al entrar en ese edificio tan idílico junto al mar. Ha cerrado la puerta de su casa con la llave para evitar un portazo estrepitoso, y no se ha parado a coger el ascensor, demasiado ruidoso. El sigilo es necesario.

Cuando recibe el aire fresco de la calle en el rostro le complace, respira mejor, se siente bien. Prefiere dar un corto paseo para aprovechar la tarde.

Casi por sorpresa se ha encontrado de frente con el edificio de color blanco presidido por grandes y relucientes letras doradas que dicen: *Hotel Mare Nostrum*.

Ya en el mostrador, un educado recepcionista la recibe con las más profesional de las sonrisas dándole la bienvenida. Tanta cordialidad le hace sentir un revuelo de emociones, y una cacofonía de voces en su mente se interpone cuando le advierten: *¡Vete, no lo bagas! Todavía estás a tiempo.*

Se dirige presta, según la indicación del amable señor hacia el ascensor situado al final del lateral de un amplio *hall*. Le llama la atención el salón sin elementos decorativos, tan solo los grandes ventanales ofrecen la visibilidad de la naturaleza vegetal que rodea el edificio. Predomina el blanco luminoso del impoluto mármol del suelo y se siente deslumbrada por la luz que llega de la pared transparente que la acompaña, mientras se dirige al ascensor. Todo está ordenado y en calma. La escasa clientela en esta época del año hace que el silencio forme parte del entorno.

La rotonda del *hall*, por cuyo hueco circula el elevador en dirección hacia las plantas que conducen a las habitaciones, es un semicírculo formado por una inmensa y alta cristalera. Llega el ascensor, se abre la puerta y pulsa el botón que inicia la subida. Un sonido y el olor a naturaleza marina la envuelven, la puerta se cierra con rapidez. Sus pies flotan en el agua. Cree que sus zapatos

se han mojado, pero, al bajar la mirada, percibe que está pisando algo tan suave y fresco como la gelatina. Las luces del interior son de un color azul que atrae, muy intenso. Unas ondas que circulan se reflejan y cubren su cuerpo, sumergiéndolo dentro del mar. Las paredes transparentes hacen que, al ponerse en marcha, produzcan vértigo ante la vista horizontal del inmenso Mediterráneo, que se acerca a medida que el aparato se aleja y eleva.

Pura fantasía, cree haber entrado en un espectáculo de David Copperfield. Nunca se pudo imaginar nada parecido y ahora comprende el porqué de tan pocos elementos decorativos. Se han apropiado de lo natural como un lujo exclusivo, como un imperio para el deleite de los sentidos, que han sabido conjugar entre sí para formar un juego de emociones y experiencias sensoriales. Fascinada, piensa que el elevador complementa la locura que está a punto de realizar esta noche.

La habitación se encuentra a oscuras, se dirige hacia las cortinas del fondo. Las retira de una vez y aparece una ráfaga de luz que se expande hasta el último recoveco. Abre la puerta de cristal que da a la terraza, sale. A tan considerable altura se divisan unas voluminosas rocas que resisten el oleaje espumoso del mar. Hay una calita de arena muy fina, pero —por la época del año, y porque el acceso no la convierte en una playa popular—, en ella solo se encuentra una pareja tomando el sol en hamacas del mismo color. Al fondo, a la derecha, se divisa el contraste que producen unas líneas irregulares de color asalmonado suspendidas en el cielo. Son nubes apaisadas que parten y atraviesan la montaña más cercana de la ciudad, como si de efectos especiales se tratara. Complacida, vuelve a la habitación, cierra la puerta de la terraza y se encuentra con una cama tan apetecible y enorme, que desea con impaciencia echarse a ella como si se echara al mar. Retoza para probarla de un lado a otro, dejándose acariciar por la ropa blanca y suave que la acomoda. Descansa.

Oye los nudillos de alguien llamar a la puerta de la entrada. Se levanta para abrirla. Pero... ¡si él no sabía nada! Lo había llevado

con total discreción teniendo en cuenta hasta los más pequeños detalles... Se queda paralizada delante de la puerta sin articular palabra. Busca dentro de sí, alguna frase para justificarse, algo que pueda encajar con la nueva situación, pero solo encuentra un folio en blanco. Acaba de aparecer él con una gran bandeja llena de platos de pequeño tamaño cubiertos con una tapa abombada, plateada. No comprende nada.

—Aquí tienes tu comida. Una cena de lujo para mi princesa — Daniela sigue petrificada, no puede moverse—. ¿Pero no me invitas a pasar?

No sabe qué decir, intenta ordenar su mente. Él accede a la habitación con naturalidad, como si conociera la estancia de antemano, y se dirige hacia la mesa situada al fondo para dejar la bandeja de grandes proporciones que sostiene. Daniela lo observa desde la distancia, sujetándose a la puerta porque la necesita como una mula. La mano se la lleva al estómago. No encuentra palabras porque no sabe cómo enfocar esta situación no prevista. Él, de nuevo, se dirige hacia la salida rozándole apenas. Se despide con un escueto saludo de cortesía:

—¡Que descanses, princesa!

Se apresura a cerrar la puerta para sentirse mejor tras ella, no comprende lo que acaba de suceder. Se dirige de nuevo a la cama cuando suena el estallido, tremendo y gutural de un grito que viene de fuera pronunciando su nombre:

—¡¡Danielaaaaaa!!

Retumba toda la habitación y del susto da un salto, tropieza, cae al suelo. Se quiere levantar, pero no puede. Quiere gritar, quiere llorar, tampoco puede. Un sudor frío le recorre todo el cuerpo y el corazón le late con fuerza, como si en cada nuevo impulso quisiera escapar.

Se incorpora repentinamente en la cama y se queda sentada, mirando hacía todos lados. No sabe dónde se encuentra. La habitación está oscura, al parecer han pasado algunas horas. Tantea por la pared buscando un interruptor. Enciende la luz y enseguida lleva la mirada hacia la mesa del fondo, pero no hay ninguna bandeja,

tan solo un folleto, una carpeta con el nombre del hotel y un bolígrafo encima. Se tranquiliza y empieza a respirar un poco mejor. Todo ha debido ser una pesadilla. La oscuridad de la mente a veces guarda estas sorpresas.

Recomponiendo sus pensamientos se dirige al aseo; lleva el cabello lacio a un lado, se lava las manos. Luego las junta como un cuenco para recoger toda el agua posible que sale del grifo, y la vierte varias veces sobre el rostro. Permanece unos segundos sumergida entre las palmas mojadas. Se seca con suaves toques que le rozan la piel, porque el tacto de la toalla mullida le produce placer. Ahora toca prepararse y centrarse, porque recuerda que está muy cerca la hora de su cita.

Se le ha secado la boca. El pequeño mueble que hay enfrente debe ser un minibar. Mira su contenido: refrescos, bebidas con alcohol y alguna bolsa de snacks. El cuerpo le pide algo para calmarse. Se lo prepara cuando llaman a la puerta:

—Perdone que la moleste, señora, pero nos han avisado en recepción porque han oído ruidos extraños en su habitación. Ruidos como si estuvieran desplazando o golpeando muebles. También nos han dicho que alguien ha gritado muy fuerte —el empleado mira con discreción encima del hombro de la clienta buscando algo extraño que le llame la atención—. Bueno, en realidad solo queríamos saber si se encuentra bien.

Un joven apuesto aguarda con la apariencia de querer ayudar, aunque en el cumplimiento de la petición de sus clientes y del trabajo.

—Sí, estoy bien. Ya lo ve... —balbuceando y confusa sonríe. Intenta aparentar normalidad y, cambiando su tono de voz—: Precisamente yo también he oído un grito, pero debió venir de fuera —asegura con convicción.

—Bien, pues no le quiero importunar más, señora. Le pido disculpas de nuevo y le deseo buenas noches.

Al empleado le ha parecido suficiente la explicación, entendiendo que ya ha cumplido con su cometido.

Al cerrar la puerta, se queda apoyada tras ella repasando lo sucedido, intentando comprender. Parece que la pesadilla ha sido demasiado sonada y se siente un poco avergonzada. Intenta recordar lo que acaba de suceder, no se acuerda siquiera si ha soñado, solo sabe que lloraba y le costaba respirar. Intenta reordenar sus pensamientos, saber del porqué se encuentra en la habitación, y aparece en su cabeza la figura de Orson. La perturba, siente cómo la invade de nuevo con fuerza. No puede desprenderse de esa imagen como si fuera una obsesión. Se le encoge el pecho, siente un pellizco en el corazón. Desde que se marchó, no ha podido dejar de pensar en él. Con su ausencia presente que persiste aún más su presencia si cabe, algo que no puede evitar. Los momentos se mueven, pero algunos permanecen quietos, perennes, son para siempre. Sucede con los recuerdos cuando, inquietos, pasean por la mente.

Rememora la fría mañana que se marchó, desde entonces no lo ha vuelto a ver. Sucedió no hace mucho, pero siente que ha transcurrido una eternidad. El ritmo del tiempo a veces es tan acelerado y otras, en cambio, es tan lento al pasar... Einstein dijo: *«El tiempo es una ilusión que se obstina en persistir»*.

Una flojedad la inunda. Últimamente está muy presente, la deja laxa, como si quisiera anular su voluntad. Pero no se deja vencer, está a punto la hora de su cita.

Desde que su gran amor se fue se ha prometido así misma no flaquear, pero ahora no está segura de nada. En la vida se cometen locuras, piensa para justificarse, pero se quiere convencer de que su locura es la más cuerda de todas las locuras.

Se siente culpable por haberse desprendido de su hijo Orson, aprovechando el viaje de su amiga Eloísa, quién se ha ido a su tierra natal. Pero ahora está en las mejores manos: las de su madre, todavía joven y con recursos para vivir.

La señora Rosa, madre de Daniela, en la distancia, no podía conocer la vida de su hija, la de verdad, pues solo le contaba lo

que deseaba o esperaba oír, y la mujer se sentía muy orgullosa de los logros conquistados por su pequeña. Tampoco conocía personalmente al hombre que compartía la vida con ella, el padre de su nieto, solo a través de la fotografía que conservaba expuesta en una mesita como si fuera un altar, junto a una estampa de su patrona, la virgen del Rosario de Chiquinquirá, de quien era devota y a quien pedía todos los días que protegiera a su hija. Siempre había una vela encendida, acompañando la foto como una reliquia. La foto donde se encontraban los tres juntos; ella posando con su hermoso bebe en los brazos y un hombre a su lado muy apuesto, todo un *yesterman* con mucha plata, el hombre que le había proporcionado el confort que soñaba. Recordaba cuando se la envió acompañada con una carta muy cariñosa, era cuanto poseía. La mujer presumía, se la enseñaba a todo el vecindario. Ahora tocaba conocer a ese hombre y a su nieto, y ya se preguntaba por qué pasaba el tiempo y el día tan deseado no llegaba.

Llaman insistentemente a la puerta de cristal que da a la terraza, se gira con extrañeza. Está en la habitación 625, una altura considerable. ¿Cómo puede pretender alguien entrar por ahí? Desconfiada, se acerca muy despacio sin hacer ruido, pero la iluminación interior le impide apreciar en la oscuridad exterior. Permanece ahí, quieta, a escasos centímetros de la puerta, pensando en no abrir hasta asegurarse, o a que llame de nuevo y sepa de quién se trata. Intenta fijar la vista en la negrura de la noche, pero solo oye el suave silbido del viento que corre sonando rítmicamente de un lado a otro. Despacio se aproxima un poco más, hasta dejar las manos en el frío cristal. Insegura, intentando ver mejor, acerca la cara hasta que la punta de la nariz la detiene.

Una noche calurosa

Corría la década de los noventa, casi finalizaba el siglo XX, acabada de caer el muro de Berlín en 1989. El viejo continente se preparaba desde hacía tiempo para un nuevo y ambicioso proyecto sin precedentes: la integración de los países que formarían la nueva Europa. Nacería un estado político y financiero si los países que solicitaban su entrada cumplían con un plan de estabilidad, requisito económico imprescindible para formar parte del nuevo selecto club que pasaría a denominarse Unión Europea, UE.

La caída del muro de Berlín suponía un pasado muy presente, además de influyente para la década que se estrenaba, porque, como si de un efecto dominó se tratara, el hecho derivó en la concatenación de sucesivas caídas: las del imaginario muro comunista en los países del Este, suponiendo la apertura de un nuevo modelo político y social. El capitalismo ganaba su partida y se imponía sin cortapisas con toda libertad expandiéndose por Europa.

En España el gobierno implementaba sus medidas económicas para alcanzar el plan de estabilidad que se le exigía para formar parte del nuevo club, y lo hacía con toda una serie de disposiciones impuestas que implicaba sacrificios. En los ochenta ponía en marcha la reconversión industrial, el cierre de viejas fábricas y, por consiguiente, el despido de muchos trabajadores. Más tarde vino la venta de una parte del patrimonio, y la privatización de algunos servicios públicos. Todo un caudal de envergadura que contribuía a recaudar lo necesario para sanear las cuentas públicas y paliar parte del déficit, en cumplimiento con las medidas económicas que se le exigía.

Este controvertido proceso, que en principio se podría trasladar como una hecatombe para la ciudadanía, aunque dosificada, se iniciaba de la forma más sutil y tranquila de lo que cabía esperar, pues no hizo saltar ninguna alarma social sobre las posibles consecuencias que derivaría a la población. Por otra parte, los medios de comunicación hacían su labor durante este proceso, al no ofrecer titular que pudiera dañar el objetivo, tan solo presentaban alguna información en pequeñas columnas de sus periódicos. En España, todo apuntaba a la tranquilidad, sin grandes cambios visibles, porque su innovación se producía en el interior y se veía y la analizarían después.

Pero la década de los noventa traía a España la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona, un acontecimiento para lo que el país y la ciudad en particular llevaban tiempo preparándose, un despliegue económico inusitado en instalaciones e infraestructuras para dejar a una Barcelona guapa, como así se llamaba a modo de eslogan publicitario, a todo un proceso de despliegue de fondos, para la preparación de una ciudad deportiva que cubriera, sobradamente, las expectativas que precisaba el evento.

El 19 de julio, verano del 92, la Antorcha Olímpica recorría las calles de Alicante que era recibida con orgullo y entusiasmo por parte de sus gentes. La ciudad rebosaba esplendor y alegría porque eran fechas veraniegas, y el ambiente vacacional se respiraba por toda la urbe. En esa época estival, Alicante disfrutaba de los momentos más festivos. Su clima y sus playas kilométricas, atraían a infinidad de turistas, y el recorrido de la Antorcha suponía un evento más a celebrar entre sus gentes y veraneantes que buscaban expectación, ocio y, sobre todo, diversión, mucha fiesta nocturna.

Dos amigas, Daniela y Eloísa, se sentían felices la noche del viernes 15 de agosto porque por fin disfrutaban juntas de un merecido descanso en festivo, conocido popularmente como el *día de la Virgen*. Aprovechaban la noche de diversión que se les ofrecía, los horarios de las chicas no les permitía compartir ni seleccionar su tiempo libre. Estaban dispuestas a aprovechar bien la noche. Se

habían arreglado para la ocasión y departían en un bar de copas recientemente inaugurado con mucho éxito, a juzgar por la numerosa asistencia de gente que allí se reunía.

En el centro de la ciudad, en el corazón del casco antiguo, se concentraba la marcha nocturna. El viejo barrio, que otorgaba personalidad, era elegido para la apertura de locales preferentemente de música latina. Estos locales proliferaban en el verano del 92 de la misma forma que la naturaleza selecciona en cada estación. Todos se unían al calor de la influencia de la moda del momento, y hacían que canciones tan pegadizas y sensuales como *La Lambada* o, *Ven, devórame otra vez*, que habían hecho furor en el 88 y 89, siguieran oyéndose en cualquier lugar a cualquier hora del día años después. Este gran éxito había provocado una moda musical de influencia y ritmos latinos y, quienes vivían de la noche vieron la oportunidad de sacarle todo el provecho posible.

Se abrían bares de copas, aunque algunos solo para la época estival, porque cuando llegaba el otoño la mayoría se cerraban, incluso para siempre, como también quedaban cerrados y finiquitados para siempre los momentos amorosos y, olvidados, aquellos encuentros fugaces de sexo ocasional para una noche de verano, que duraban lo que duraban abiertos los locales nocturnos de sugestivas luces de neón.

Así fue como todo empezó; sucedió en una calurosa pero hermosa noche de verano... En un fin de semana, y en un bar de copas a rebosar. Él se acercó, derramaba belleza. Rezumaba una fragancia hormonal que cortaba la respiración; bien vestido, y todo un entusiasta que no cesaba de hablar con el vaso de tubo en la mano.

—¡Qué buena música, chicas! Lo que suena técnicamente es bachata ¿no?

Se rieron, luego contestó una de ellas, Eloísa, ironizando, haciéndose la interesante ante el deslumbrante *man*:

—Es que estás en el lugar adecuado mi niño, si te gusta el ritmo caribeño. ¡Claro...! Sí, técnicamente es bachata, que viene a ser esa

música urbana de los *bajos fondos*, y te digo más, es de la República Dominicana...

Las chicas estaban impactadas frente a ese pedazo de hombre que derrochaba salud, y que, sonriente, parecía complaciente

—¿Ah, sí? ¿República Dominicana? —respondió con una sonrisa—. Pues hubiera jurado que la bachata tenía su origen en Venezuela o Cuba... ¡No sé! Es que a veces hay confusión con esto y, por lo general, tendemos a considerar que todo viene del mismo lugar. Aquí nos suena a salsa ¡y nos parece estupendo! —soltó una carcajada y, señalando a Eloísa—. ¡Pero me ha gustado tu apreciación! Aunque te ha faltado decir que es una música muy sexy... ¿No os parece?

Divertidas, se rieron.

En todo momento tenían que elevar el tono de voz, porque el tumulto de gente y la música era tan alta que apenas podían oírse.

—Sí, es sexy, además deailable —le seguía respondiendo Eloísa—. Levanta el ánimo a cualquiera, cuesta mucho no seguir el ritmo. Aunque, a decir verdad, yo me quedaría solo con la música, porque mejor no escuchar algunas de sus letras...

—¿Por qué?

—Digamos que son demasiado machistas, y eso personalmente me molesta bastante.

Eloísa, que venía manteniendo la conversación con el recién llegado, se puso un poco seria al hacer este comentario, y un mohín un tanto despectivo se reflejó en su rostro.

—¡Vaya! No me había percatado.

Bebió un sorbo y la miró con intensidad por encima del vaso de tubo que no había soltado de su mano. Luego dio un par de sorbos más, pero ahora observando a las dos, mientras ellas se movían al ritmo de la música, ajenas a su mirada.

—¡Ah! Perdonad chicas que no me haya presentado. Soy Eduardo, ¿vosotras?

—Daniela, y yo Eloísa.

—¡Me gustan vuestros nombres! No sois de aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se nos nota?

—Sois muy guapas, salta a la vista. Dejadme adivinar... —pensativo y apuntándolas con el dedo—. ¿Bellezas venezolanas?

—¡Ay, no! —se rieron—. Colombianas —no tardó en pronunciar Eloísa con orgullo patrio.

—Ya decía yo, las colombianas son las mujeres latinas más guapas y, probablemente, de todo el planeta. Fijaos lo que estoy diciendo y creo que no arriesgar nada —divertidas se volvieron a reír, considerándolo un caballeroso cumplido. Eduardo continuó—. Entonces el ritmo musical que más os gustará, sin lugar a duda, será el vallenato...

—¡Ahí sí has estado acertado, compañero! Pero es que la verdad, todos estos ritmos son muy parecidos. Nosotras les llamamos ritmos calientes, es la particularidad que tiene el Caribe...

Con su vaso en la mano, muy resuelto y con mucho desparpajo, Eduardo llevaba un rato sentado junto a ellas, charlando entusiasmado, compartiendo sus conocimientos caribeños e interesándose por la conversación que las chicas le brindaban acerca de su país. Mencionaron a García Márquez con cierto envanecimiento y luego hablaron de otros autores colombianos destacados en la música, llegando a la conclusión de que había mucho talento oculto en su país.

—Pero lo mejor de esta tierra —dijo Eduardo, convincente— es su gente, su alegría y su sangre caliente, y todo en su conjunto, porque invita a disfrutar de lo bueno que la vida ofrece.

Con estas afirmaciones definitivamente se ganó a las chicas. La música de la bachata sonaba con fuerza por todo el local haciendo imposible mantener conversación alguna, como también se hacía imposible dejar de moverse al ritmo que marcaba.

La noche transcurrió entre chistes, risas y más copas. A Daniela le parecía que el hombre que se había sentado a su lado transmitía un aroma muy agradable cada vez que realizaba un movimiento con sus manos, que eran grandes, que expresaban. Y cuando se le acercaba un poco, percibía su perfume irresistible que le retrotraía a su infancia, parecido a la fragancia que deja la hierba fresca, o tal

vez la tierra recién empapada por las primeras lluvias, cuando empieza la temporada tras una sequía. Todo ese recuerdo le venía de aquel gran desconocido, pareciéndole ahora demasiado conocido. Evocaba sensaciones muy arraigadas que le acercaban a él.

La música mantenía el volumen muy elevado y el intenso ajeteo del local impedía seguir con normalidad la conversación. Él continuaba con sus movimientos de manos en todas sus explicaciones para hacerse comprender mejor, reforzando así sus pretendidos argumentos, porque resultaba difícil ser escuchado cuando el sonido lo impedía e, incluso, se acercaba un poco más al oído de Daniela, quién estaba situada más cerca. Eso hacía que toda aquella frescura que respiraba de aquel *man* la atrajera cada vez con mayor intensidad, de forma incontrolada.

Su trato era elegante, se disculpaba ante la menor nimiedad y siempre con una sonrisa. Era un hombre que parecía joven y en su rostro, cuando sonreía, aparecían en sus mejillas unos hoyuelos que dibujaban una expresión a chico malote, ese algo genuino que vuelve locas a muchas mujeres, que seduce con una pizca de morbo, a la vez que invita a arriesgar para curiosear y descubrir un poco más. Daniela se sintió atraída desde el instante que lo vio aparecer como un resplandor entre la multitud. Le bordeaba una aureola misteriosa.

Mientras lo escuchaba conversar con Eloísa, se había quedado enmudecida ante su presencia. Cuando él, con su expresión, la invitaba a intervenir, ella no se atrevía a mirarle, ni a cruzar sus ojos con los suyos, por si era descubierta en ese deseo tan extraño. Se sentía incapaz de actuar con naturalidad, de permanecer sentada, normal. No sabía poner las manos, ni qué hacer con sus piernas que no paraba de cruzarlas de un lado a otro. Cuando charlaba amigablemente con Eloísa, aprovechaba para mirarlo observando con placer, estudiando todos y cada uno de sus rasgos, aunque con cierto disimulo para no ser advertida, intentando no aparentar nada, pero haciendo verdaderos esfuerzos cuando tenía que retirar sus ojos de él, no podía. A todo este tumulto de miradas se le iba

incorporando esa intensa fragancia que venía de una especie de dios Eros, que había aparecido de la nada, sintiéndose como si hubiera aterrizado en un cuento, al agitar una barita mágica después de pedir un deseo, y el deseo fuera el hombre perfecto.

Aquella noche se convenció de que alguien del más allá, en lo que creía fervientemente, había llegado para protegerla, para ponerse a su lado y ofrecerle un regalo, pues de forma incomprensiblemente rápida, se le había despertado la necesidad morbosa por saber más, sobre el maravilloso desconocido que había aparecido de pronto entre la multitud, en una calurosa pero hermosa noche de verano, cuando el color ambiental de las luces de neón resplandecían en toda su gama cromática, y la música sonaba con fuerza al ritmo caliente de la bachata.

Charlaron y rieron a lo largo de la noche. A Daniela le había costado integrarse en la conversación, pero cuando lo hizo tras la primera copa fue tan animadamente, que Eloísa se sintió en un segundo plano, aunque parecía que no le importaba demasiado, porque empezaba a acusar el cansancio, que ya se manifestaba por los días de trabajo acumulados.

Entre tanto, Daniela, que incomprensiblemente aparentaba estar mucho más fresca, departía animosamente con el recién llegado. Entrada la madrugada, su amiga quiso apartarse de la conversación, aunque permanecía con la boca entreabierta observando la mutua atracción que se había despertado en la nueva pareja, cuando, codo con codo, bromeaban repartiéndose algún pequeño empujón que solo era una excusa tonta para rozarse o, cuando él le susurraba al oído y, cómo Daniela, boba, no podía desprenderse o, sencillamente, cómo se miraban.

Transcurrida la velada, con la chispa que dan las copas, cuando son de más en la madrugada y, con el ligero mosqueo de Eloísa que, pese a ello, supo mantener el tipo estoicamente, Eduardo soltó de pronto que tenía que marcharse y se dispuso a despedirse. Lo hizo con un par de besos a cada una y con un genérico cumplido que lo recibieron con cierta desolación, en especial Daniela,

porque le sonó a una irrefutable y definitiva despedida, como a un: «No te volveré a ver jamás». En su estado, en este instante, le pareció demasiado trágico para soportarlo.

—Seguramente podremos coincidir otro día. Lo he pasado muy bien, chicas —dijo usando un tono muy formal.

Ambas sonrieron como respuesta a su cumplido, pero Daniela se quedó pensativa. En su interior se había producido una sensación dramática, con un sentimiento de: «Como no te volveré a ver más el resto de mi vida, a partir hoy, después de haberte conocido no lo soportaré, probablemente moriré».

Estaba decepcionada. No, muy decepcionada, porque esperaba algo más comprometido por parte del hombre con el que había empatizado tanto. Hubiera deseado que aquella noche no acabara nunca.

Ya de pie, tras despedirse de Eloísa, se acercó a Daniela y, al tiempo que la besaba, con mucha suavidad, le cogió la mano que permanecía pegada a su cuerpo, caída junto a su moral, para dejarle en la palma un pequeño papelito doblado.

Cuando se hubo marchado y se quedaron a solas, lo abrió con impaciencia. Unas letras escritas a mano con un boli de tinta azul en una servilleta de papel decían:

Si una noche de lluvia te encuentras sola, por favor llámame. Estaré esperándote todos los días de mi vida.

999 53 42 81

Eduardo

Un enorme calor la invadió. Se sonrojó. Nunca le había sucedido nada igual. Necesitó su tiempo para asimilarlo, porque fue como entrar de sopetón en las páginas de una novela romántica, para ser ella era la protagonista. No supo qué decir ni qué hacer con el papel que permanecía abierto entre sus manos. Eloísa, al ver a su amiga, como abducida a otro mundo, le cogió rápidamente la nota con inquietud, creyendo que podría tratarse de una misiva amenazadora. Después de leerla, exclamó socarronamente:

—¡Vaya chimba! ¡Qué cabrón!

Amaneció. Daniela se levantó con una flojedad paranormal acompañada de un dolor de cabeza en grado superlativo debido a una resaca en toda regla. Casi sonámbula se fue directamente al bolso donde tenía el pequeño papelito que guardaba celosamente como una alhaja. Lo leyó y luego lo volvió a leer solo por puro placer, pareciéndole lo más bonito que jamás sus ojos vieron.

Ni descansó ni pudo conciliar el sueño, tampoco le importó, porque se sentía feliz recordando lo vivido. Solo veía en su mente la expresión de aquel hombre cuando, con el semblante serio, la miraba con tanta intensidad que la derretía. Y cuando se cruzaban las miradas, se sentía poseída por sus ojos que parecían los cristales grises de una mañana de invierno, que lejos de dejarla helada, la encendía. Recordaba verlo sentado, abierto de piernas, calcándose perfectamente el contorno de sus muslos a través del pantalón. ¡Qué muslos! ¡Qué contorno! Era el *David* de Miguel Ángel. Seguía recordando cuando se le acercaba para susurrarle al oído alguna cosa, aunque no se enteraba de nada, ¡daba igual! Y cuando se despidió, notando por primera vez el contacto tibio de sus labios en la mejilla. Rememoraba retazos en los que demostraba sus conocimientos generales y musicales en particular, con su voz clara y grave que sonaba tan bien, otra vez su sonrisa, su olor... ¡Dios bendito cómo olía!

Todo el día estuvo abstraída por el magnetismo perturbador que aquel hombre había dejado en ella. Se mantuvo tumbada en el sofá, agotada, con el dibujo de una sonrisa boba en su cara, que no tenía trazas de irse fácilmente, o con la gansada absurda como le dijo Eloísa, levantándole la voz para despertarla, intentando bajarla de aquella especie de limbo celestial:

—Te lo vuelvo a repetir, compañera: ¿has visto por casualidad mi pantalón ajustado blanco?

—¿Qué? ¡Ah! No. ¿Pero qué pantalón blanco?

—¡Ay, pues, el que me pongo para arreglarme...! —le dijo una mosqueada Eloísa que empezaba a irritarle la situación de su ami-

ga, porque encima había ligado con un *man* de chuparse los dedos delante de sus narices—. ¡Basta ya! Espabila. Vaya guayabo que llevas encima. Pon los pies en la tierra porque no te enteras de lo que te digo —hizo una pausa y luego, convencida—: ¡Llámallo de una vez! ¿No te ha dejado su número? Pues eso. ¡Hala! Lo llamas, te decepciona y asunto arreglado —dijo sacudiendo las manos—. Ya verás qué pronto se te pasa el avispero que llevas encima, porque los hombres son así —sentenciando— decepcionantes. ¡Ah! Sin pretender ser aguafiestas, te recuerdo guapa que esta tarde trabajas.

Se fue al aseo con prisa, debía marcharse. Daniela seguía tumbada en el sofá e intentando elevar ligeramente el tono de la voz para ser oída, que sonaba ronca y afónica, como saliendo de ultratumba:

—¿No te parece que tenía unas manos grandes muy bonitas? ¿Te fijaste cómo las movía cuando se expresaba? —silencio—. ¿Y sus zapatos? ¡Qué zapatos! ¿Serían italianos? Dicen que los zapatos italianos son los mejores del mundo y de mayor calidad, muy caros. ¿Me estás escuchando?

Eloísa tardó en contestar:

—¡Sííí, mira que eres cansona! —respondió al fin. Intentando bajar a la tierra a su amiga—. Pero considerando que estamos en verano... ¿no crees que llevaría los pies un poco cociditos con ese par de zapatazos? No sé, digo yo... a lo mejor tan cocidos como dos boniatos hervidos.

—¡Vaya tontería que acabas de soltar! A mí no me cabe ninguna duda de que se trata de un hombre muy elegante. Los hombres elegantes no llevan sandalias en verano, eso lo sabe todo el mundo. ¿Le viste sudar? —ella misma se contestó—. Pues no, porque se le nota que es un hombre especial y muy limpio. ¡Ya te vale, no me vas a desilusionar con tu opinión!

Mantenían la conversación cada una desde el extremo de la casa y Eloísa, de vez en cuando, asomaba la cabeza por la puerta del baño acompañando el lápiz de ojos en la mano y alzando la voz. Con las ganas de ver su expresión, que no se la quería perder por nada del mundo, soltó:

—*Mija*, espera lo mejor ¿sabes qué edad tiene? Porque yo lo vi un hombre mayor, y cuando digo mayor... por lo menos tendría 40 años o muchos más...

—¡Haaalaaa! ¡Mira que te gusta exagerar! —pensativa calló. Luego, más tarde le replicó—. Y si fuera así me alegro mucho, porque a mí me gustan los hombres con experiencia, esos son los más interesantes, saben lo que necesita una mujer y cómo tratarla.

—¡O cómo acabar mejor con ella! No lo olvides.

Asomó de nuevo la cabeza desde el baño para precisarle. Daniela no contestó.

Intentaba recuperar a su amiga bajándola del cielo, pero ya había decidido dar por finalizada la charla porque se marchaba, llegaba tarde. Ella también se encontraba resacosa, pero hacía verdaderos esfuerzos por estar más entera, pues no quería sentirse tan vulnerable como Daniela, quién permanecía tumbada en el sofá, con las piernas en alto encima del respaldo, lánguida, con una media sonrisa absurda y con el aspecto de no levantarse en todo el día, solo que debía estar lista lo antes posible.

—Me marcho porque he quedado para comer y voy apurada. Tú deberías avisarte preparándote ya, porque hoy tienes trabajo toda la noche, te vuelvo a recordar —y saliendo por la puerta le dijo, aunque en un tono más maternal—. Cansona, llámalo de una vez, a ver lo que pasa; y no me digas más ¡por favor!

—Lo haré una tarde de lluvia... —tumbada en el sofá, seguía sin mirar a ninguna parte.

—¡Ay, Dios! ¡Menudo *guayavo* tienes! —se marchó.

